

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

IN MEMORIAM de *Adolfo Agorio*.

Tuvimos oportunidad de comentar en esta sección algunas de las más importantes obras del escritor uruguayo Adolfo Agorio. Ahora nos avisan de Montevideo que el gran ensayista ha muerto. Con su desaparición se abre un ancho claro en la vanguardia de intelectuales de la patria de Artigas. Muchas veces dialogamos con el maestro Agorio paseándonos a la orilla de la rambla montevideana. Era la suya una existencia pletórica de fuerza espiritual, sin concesiones a los filisteos de la cultura. Ejercía una docencia estética que se traducía en nobles apólogos, en afortunadas síntesis del mundo como voluntad, pasión, servicio. Humanísimo en todo, venía de la línea matinal en la cual trazaron su terca vocación de pioneros de un tiempo, José Enrique Rodó, Carlos Vaz Ferreira, Carlos Sabat Ercasty, Emilio Frugoni, Carlos Reyles, Enrique Amorín, Horacio Quiroga, Sabat Pebet, José Gorosito Tanco, Angel Fallan y tantos otros uruguayos que decoran el pórtico de sus letras.

Agorio manejaba una prosa de maravilla. Poseedor de una sensibilidad finísima, captaba el mensaje de su tiempo, sin que dejara por eso de asomarse a culturas anteriores que son promontorios del pensamiento humano. Sus obras resisten el paso del tiempo y su ácido corrosivo. Era elegante en todo. Sin que por ello dejara de sentir y comprender el dolor de los pobres, la necesidad de una transformación en la vida social, cultural y económica de América. En su juventud y parte de su madurez, se nutrió de raíces francesas. Escribía el idioma de Víctor Hugo como propio. Por sus defensas de Francia fue laureado por la Academia de Inmortales de aquel país. En sus últimos tiempos, nos confesaba en una reciente carta, había vuelto los ojos y el entendimiento hacia España. Sobre don Miguel de Unamuno escribió ensayos que alumbran la ruta del rector de Salamanca y penetran su pensamiento con taladrante sinceridad. Iberia será siempre el norte de nuestro espíritu, porque no podemos renegar de su mensaje, de su ardiente misticismo, de su terca voluntad deslumbrante.

Deja, al morir, Adolfo Agorio una obra que tuvo en él un artista exigente. Melódica y cruzada de un pensamiento cardinal: la defensa de los valores de occidente. Estimó siempre que el más próximo enemigo de nuestra cultura es el marxismo con todos sus peligrosos revulsivos. Por

eso nos enseñaba una pedagogía ecuménica que tiene en la Edad Media y el Renacimiento su mayor realización en el orden del espíritu humano. Libros suyos como *La sombra de Europa, Roma y el espíritu de occidente, Los vascos en el río de La Plata, Unamuno y Cristo*, pertenecen a la mejor literatura americana. En ellos aprendemos verdades esenciales, encontrando de paso, algunas fuentes líricas que son la más pura expresión del Uruguay en el meridiano del pensamiento contemporáneo. Hasta el último momento trabajó Agorio en una siembra de ideales que fueron la razón de su vida. No desertó jamás de la línea de combate. Los escritores tenemos un compromiso con nuestra época y debemos permanecer en vigilia hasta cuando Dios nos llame a su presencia. Se trata de colmar el vacío del tiempo antes de convertirnos en ceniza.

Gran escritor, insuperable conversador, amigo de veras noble y elocuente, Adolfo Agorio al penetrar en la sombra definitiva, nos ha dejado lo mejor de su espíritu.